

ABC

MADRID, SABADO 24 DE ABRIL DE 1976

ESTRENO DE «SIETE MIL GALLINAS Y UN CAMELLO» EN EL MARIA GUERRERO

Al finalizar la representación, en el transformado escenario del teatro nacional María Guerrero, una verdad queda evidente y resueltamente en pie: Jesús Campo García es bastante más que un buen autor teatral; es un creador de espectáculos, con garra. En su obra «Siete mil gallinas y un camello» se mezclan ingredientes diversos, recursos múltiples, dispares, incluso contradictorios, para lograr unos resultados sorprendentes.

Que es un autor de teatro sobresaliente se acredita en el cuerpo central de la obra: lo que se representa al estilo tradicional es un trozo de vida arrancado de la realidad. Aquí no cabe aquello de que «cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia». Todo lo contra-



Isa Escartín y Carlos Mendí

rio, cualquier detalle que disienta de la más exigente autenticidad, estará intencionadamente colocado. Jesús Campo García confiesa, en su biografía sintética, que ha tenido una granja de gallinas; se mueve, por tanto, en un terreno bien conocido para él, que domina a la perfección: Evidentemente hay mucho de autobiografía. Así se explica mejor el tipo de este granjero afanoso que, entre el acarreo de agua, la preparación de piensos y la limpieza de jaulas, intercala divaga-

ciones inteligentes sobre la monotonía de la existencia, la vulgaridad del trabajo, la inquietud por romper la rutina esclavizante, la genialidad extrayagante de incorporar algo nuevo, extraño, diferente a una vida que ha perdido atractivos, ilusiones, esperanzas. El camello no es más que un símbolo de esa ruptura: su deforme y voluminosa figura marca bien el contraste con el gallinero.

Jesús Campo, autor, desarrolla hábilmente, en forma lineal, un pequeño drama rural: crea el clima con morosidad, define los tipos, y dosifica, con admirable pulso, la explosión del conflicto: la esposa sacrificada, resignada, compañera infatigable en el trabajo, descubre, de pronto, que el marido le ha sido infiel... El autor utiliza recursos de malabarista. Unos segundos habrían bastado para que todo hubiera podido seguir igual, para que nada hubiera ocurrido. Pero el fallo se ha producido. La armonía, difícilmente mantenida, se ha roto. La esposa no está dispuesta a olvidar.

Todo se produce en unas pocas horas, mientras pasa la mañana. El ambiente, ya queda dicho, es original; el tema, interesante; su desarrollo, inteligente. Pero Jesús Campo debió pensar que sólo habla hecho teatro al uso —como al uso fuera poco, cuando es bueno— y, a partir de ese punto, debe empezar a discurrir de sus procedimientos: simbolismos entre el gallinero y la sociedad de consumo, un poco forzados al final de la pieza; cuadros musicales en el arranque y en el final, que quizá no empastan bien porque la distinta naturaleza de los elementos se resiste a la amalgama.

Con todo, el experimento encierra intereses: «La primavera», de Vivaldi —evocación de los bellos tiempos que se fueron—, resucitada, en el último cuadro, con ritmo «rock» como canto de aliento y de esperanza, muestran una innegable ambición espectacular de Jesús Campo.

Resalta, junto a su capacidad como escenógrafo, una excepcional preparación para algo tan difícil como es la dirección de actores. Los intérpretes consiguen precisamente la mayor impresión del realismo que caracteriza a toda la representación: Carlos Mendí realiza un esfuerzo físico agotador, a la par que una creación artística insuperable; Isa Escartín modula, irreprochablemente, todos los matices de su personaje; Kely de la Cámara, Enrique Morente y Enrique Espinosa, intervienen con tal verismo que se hacen aplaudir en el muelle; Alberto Bové y Ana Viera Solares, con breves cometidos, están inmejorables. La Orquesta de Cámara Vivaldi y el grupo «rock» sinfónico Zumo prestan una colaboración muy valiosa.

En definitiva: un buen éxito que se tradujo en muchos aplausos para el singular espectáculo, su autor y cuantos lo hacen posible.—H. P. F.